

HERÓDOTO Y LA ARQUEOLOGÍA EGIPCIA

Por Antonio PÉREZ LARGACHA
Universidad Autónoma de Madrid

BIBLID: [0571-3692 (2004) 111-122]

RESUMEN: Desde tiempos de Heródoto la imagen del antiguo Egipto poco ha cambiado, la imagen de ingentes tesoros todavía por descubrir, de unos cuerpos momificados, de unos templos y dioses que dominaban cualquier manifestación de la vida... siguen estando presentes. Sin embargo la cultura faraónica fue mucho más, analizándose en este artículo las razones que, desde los clásicos hasta la arqueología actual, puede hablarse de lo que E. Said calificó como “colonización cultural”.

PALABRAS CLAVE: Egipto, arqueología, Heródoto, Said.

ABSTRACT: Since Herodotus the interpretation and valuation of the ancient Egyptian culture has been very similar; treasures, mummies, temples and gods in relation with every aspect of the life... however, the pharaonic culture very different and the religious aspect was not dominant. This, and other “dogmas” has been present in the interpretation and valuation of the ancient Egyptian culture, contributing to the “cultural colonization” according to E. Said.

KEY WORDS: Egypt, archaeology, Herodotus, Said.

“Detesto a este viajero. Habiendo estado en Egipto, cuando el antiguo lenguaje todavía era hablado y pudiendo haber transmitido todo tipo de información, lo único que hizo fue decir que la hija de un rey se dedicó a la prostitución por lo que, y teniendo en cuenta el gran número de errores que comete, hubiera sido mejor para la Egiptología que no hubiera existido”.

Con estas palabras expresaba Auguste Mariette, uno de los fundadores de la egiptología moderna, en la segunda mitad del siglo XIX su malestar hacia Heródoto, considerado desde la antigüedad como el “padre de la historia”. Desde una visión externa a la egiptología, e incluso dentro de la misma, esta afirmación, o pensamiento, puede ser calificada de injusta e inapropiada, al considerarse que todo aquello que expresaron, escribieron o recogieron los autores grecorromanos debe ser tenido en considera-

ción al ser los representantes, la voz y el pensamiento que nos ha llegado de la cultura clásica, de la que nuestra sociedad occidental se considera heredera desde el Renacimiento. Sin embargo, lo expresado por los clásicos en relación a la cultura faraónica, y las que se desarrollaron en el Próximo Oriente en general, es en muchas ocasiones erróneo, recogiendo historias y costumbres que en “su” época podían caracterizar a las mismas, al tiempo que en otras ocasiones se limitaban a expresar lo que la tradición, milenaria ya por entonces, había preservado de las mismas. Por otra parte, y no menos importante, sus comentarios, juicios y descripciones están emitidos desde “su” lógica, teniendo todos ellos la intencionalidad de describir a los “otros”, a los no griegos, como inferiores. Por estas razones, los textos de los clásicos, y de Heródoto en particular, deben ser sometidos a una “exégesis” literaria, al igual que lo son en la historiografía clásica, ya que reflejan una intencionalidad que “falsea” la realidad.

Es cierto que en la mayoría de los escritores clásicos puede encontrarse una admiración por las culturas orientales, y egipcia en particular, bien por su larga existencia, sus monumentos o algunas de sus costumbres e instituciones, pero siempre desde la óptica de que todo ello era reflejo de un pasado, ya que por entonces ellos eran los “civilizados” y, aunque personajes de prestigio como Solón, Platón o Pitágoras se desplazaran a Egipto para ser instruidos, lo que hicieron fue completar una formación y unos conocimientos que habían adquirido basándose en unos valores y en una “lógica” que, en modo alguno, concordaba con los valores y la “lógica” de los antiguos egipcios, o de Babilonia.

En relación con Egipto, Heródoto ha sido durante siglos la principal fuente de información, complementada por Diodoro o Plinio, lo que ha posibilitado que en torno a la civilización egipcia se fueran forjando una serie de mitos, de estereotipos o dogmas que, por desgracia, siguen presentes en la investigación, no habiendo sido capaz la arqueología, y la investigación, de desmontar esas imágenes equívocas de lo que fue el Próximo Oriente.

Por un lado destacaron los elementos “ilógicos” presentes en una religión que, como la egipcia, adoraba a divinidades con extrañas y variadas formas animales, sin preocuparse en indagar las razones que explican dichos cultos o creencias, poniendo inconscientemente las bases de un positivismo todavía dominante, al identificarse el mundo próximo oriental a personajes, batallas o monumentos concretos. Al igual que los clásicos, en la actualidad también se olvida el medio geográfico en que se desarrolló la cultura faraónica, Egipto se identifica con pirámides, cuando en realidad solo son características del Reino Antiguo o se habla de la obsesión por la muerte de los antiguos egipcios. Los clásicos, al igual que muchas obras “científicas” e incluso desde sectores de la propia investi-

gación de la Antigüedad, solo describen aquello que para ellos era diferente, al igual que sucedió con los viajeros europeos de la Edad Media que describieron a los hipopótamos como “caballos de agua”, sorprendidos ante su tamaño, al tiempo que describían sus efectos destructivos sobre campos y personas.

Lo mismo sucede con la explicación que se concede a diferentes monumentos, como las pirámides, pensando que solo pudieron ser construidas oprimiendo a la población y bajo un gobierno despótico de sus reyes, imagen que se corresponde con la descrita en el relato bíblico, la otra herencia de nuestra tradición cultural, poniéndose las bases para considerar a la sociedad egipcia esclavista.

Igualmente, seguir los planteamientos de los clásicos implica aceptar unos planteamientos evolucionistas que, además, encontraron en el siglo XIX un apoyo y reflejo en los planteamientos “darwinistas”, desarrollados tanto a la sombra de los avances científicos como de la “evidencia” de una superioridad europea en pleno proceso de imperialismo colonial. Una idea de la evolución humana que estaba ya presente en la mentalidad griega, con las Edades de Hesíodo o los héroes homéricos, y que encontraba otra confirmación y apoyo intelectual en el relato bíblico, con los Imperios o Edades de Daniel. Una evolución que, desde su perspectiva, al igual que la nuestra, implica una idea de superación de lo que ha existido con anterioridad que, por lo tanto, solo puede valorarse desde lo exótico, lo diferente, en ningún momento pudiéndose equiparar con lo que se ha alcanzado, planteamiento que origina el surgimiento de una “egiptomanía” desde la antigüedad clásica.

Por otra parte, desde la propia egiptología se ha considerado en demasiadas ocasiones la obra de Heródoto, junto a otras como el mito transmitido por Plutarco sobre Isis y Osiris, como fuentes imprescindibles para poder iniciarse en el conocimiento de lo egipcio lo que, en mi opinión, ha limitado el avance de esta ciencia al asumir un conjunto de dogmas, estereotipos e ideas preconcebidas que siguen dominando la visión que de lo egipcio tiene la sociedad. Es por ello significativo encontrar aun en la investigación los mismos planteamientos que, por ejemplo, tuvo la arqueología bíblica en sus inicios; buscar en cualquier texto, objeto o vestigio arqueológico una confirmación de que la Biblia tenía razón lo que, trasladado al mundo de los escritores clásicos, implica confirmar que lo expresado por Heródoto es cierto y que, por lo tanto, si estuvo en Egipto.

Sin embargo, se olvidan diferentes premisas inherentes a la obra de Heródoto y a la de cualquier otro escritor de la antigüedad. En primer lugar para quien se escribe, que audiencia es la que va a escuchar y transmitir los comentarios, descripciones o narraciones, sin olvidar que el propio autor ya ha realizado una selección previa de la información que ha obtenido, bien directamente o a través de otras personas. Al respecto,

no debemos olvidar que todos los autores conocen lo que su audiencia quiere oír, destacando por ello todo aquello que mantenga su atención o despierte su curiosidad, lo que por lo general coincide con todo aquello que es diferente y se desconoce. Es por ello que, sin intención de menospreciar a Heródoto, a lo largo de su logos egipcio encontramos el Egipto del “turista”. Lo que transmite, recoge y describe es todo aquello que resulta sorprendente, diferente, logrando que lo “exótico” sea destacado, provocando al mismo tiempo que la percepción de lo que se transmite sea de lejanía y despierte la curiosidad del oyente/lector: momias, pirámides, costumbres extrañas, anécdotas..., todo ello conocido, teóricamente, gracias a lo que le transmitieron los sacerdotes, que desempeñan el papel de “guías turísticos”.

Un texto, una intención, una audiencia, una sociedad receptora... que, en los términos y planteamientos utilizados por A. Loprieno, constituyen la “mimesis” del texto, el mundo individual del autor y, por tanto, todo lo expresado no debe ser considerado cierto o válido, como ha sucedido con demasiada frecuencia.

Si nos detenemos un momento y retornamos a la concepción actual del antiguo Egipto, podemos preguntarnos, ¿Qué ha cambiado? Las costumbres funerarias –en especial las momias–, la existencia de las pirámides o de unos grandiosos templos, unos dioses con formas animales y extraños a nuestra “religiosidad”, unas tumbas repletas de tesoros y bellamente decoradas..., todas ellas son características inherentes a la civilización egipcia y, en cierta medida, siguen constituyendo el núcleo de congresos y publicaciones. Sin embargo, ¿Qué conocemos de la economía, de la familia, de la sociedad o de la religiosidad popular? Cuando se formula estas preguntas, la respuesta que más frecuentemente se proporciona es que los restos conservados se adscriben mayoritariamente al mundo funerario y al de los grandes templos debido a que las pautas del asentamiento en Egipto siempre han sido las mismas, desde la antigüedad hasta nuestros días, así como que los materiales perecederos con que serían construidos los asentamientos han impedido su conservación. Esta respuesta es cierta, la arqueología en Egipto se encuentra con muchas limitaciones, pero ello implica aceptar que para analizar y entender cualquier manifestación de la civilización egipcia disponemos de unos restos arqueológicos que, como mucho, pueden adscribirse al 5% de la sociedad. Pero, ¿ha intentado realmente la arqueología cambiar esta dinámica?

El nacimiento de la arqueología egipcia tuvo lugar en el siglo XIX, desplazándose las personas a Egipto con los clásicos debajo del brazo, intentando confirmar y encontrar lo que durante generaciones había constituido la imagen de lo faraónico, encontrando una rápida confirmación a la idea de riqueza y exotismo. A finales del siglo XIX, los esfuerzos de A. Mariette o de Sir Flinders Petrie, el primero en tener en consideración la

cerámica y otros hallazgos hasta entonces infravalorados, permitieron establecer una arqueología más científica pero, aun así, los esfuerzos siguieron concentrándose en núcleos como Tebas, Menfis, Saqqara o Abidos, prestando escasa, o nula, atención al resto del país.

En los años 60, como consecuencia de la construcción de la presa de Aswan, la UNESCO realizó un llamamiento para la preservación de los monumentos que iban a ser inundados, pero estos esfuerzos no solo se limitaron a los templos que todavía pueden admirarse –como Abu Simbel o el templo de Debod–, también a los asentamientos y rutas de tránsito. Esta era una arqueología poco “atractiva”, máxime cuando se trataba de una región que aunque controlada por Egipto durante distintas dinastías, estuvo habitada por la población nubia. Al respecto quizás sea significativo que junto a la misión española, acostumbrada a la excavación de yacimientos carentes de grandes restos monumentales, fueran misiones de países con escasa presencia arqueológica hasta entonces en Egipto las que principalmente realizaron esta labor, destacando la misión conjunta enviada por los países escandinavos y la misión austriaca.

En la década de los 80 comenzó a hablarse del Modelo Hierakómpolis, llevado a cabo por M. Hoffman, un arqueólogo y antropólogo que se había formado profesionalmente fuera de la egiptología, pero que emprendió la excavación de un asentamiento clave para conocer el proceso de unificación del Egipto faraónico y del Egipto protodinástico en particular. Este “modelo” consistía básicamente en un equipo interdisciplinar que analizaba todo tipo de documentación arqueológica –fragmentos cerámicos, análisis de arcilla, restos óseos, líticos...–, todos ellos no “museísticos”, pero cuyo conocimiento ha permitido comprender los orígenes de una civilización, sus pautas de asentamiento y organización social.

Casi inmediatamente se levantaron algunas voces sobre la necesidad de excavar y conocer el Bajo Egipto, el gran desconocido, así como otro tipo de yacimientos en el Alto Egipto. Sin embargo, con la excepción de Buto, Tell Daba y Elefantina, junto al oasis de Dakhla, pocas han sido las intervenciones continuadas en estas regiones, quizás por la ausencia de restos monumentales, de tumbas o grandiosos templos, aunque la información obtenida es mucho más cercana a como sería en realidad la sociedad y la civilización egipcia. Un ejemplo son las tablillas en arcilla descubiertas en el oasis de Dakhla, escritas en hierático y que, junto a las halladas en el archivo diplomático de el-Amarna, son las únicas conocidas hasta ahora, haciéndonos plantear si este tipo de soporte no pudo ser más profusamente utilizado, máxime cuando la arcilla era un material abundante y mucho más barato que el papiro, pese a la abundancia de este último.

Paradójicamente existe un consenso entre la comunidad científica en que es necesaria la excavación de nuevos yacimientos para conocer otras

manifestaciones de lo faraónico, lo que también es fomentado por las autoridades egipcias, pero la mayoría de misiones siguen concentrando sus esfuerzos en los yacimientos tradicionales, buscando nuevas tumbas o reexcavando otras con la esperanza de encontrar objetos y evidencias olvidadas por los primeros excavadores, contribuyendo al mantenimiento de una “egiptomanía”.

En lo que a Heródoto se refiere su obra adquiere aun más importancia si recordamos que durante siglos constituyó la principal, e incluso la única, fuente de información existente sobre la cultura egipcia, por lo que sus planteamientos, objetivos y visiones adquieren mayor importancia. En ocasiones se han querido ver planteamientos “etnográficos” o “antropológicos” en su “logos” egipcio, pero lo que se transmitió y a lo que colaboro es a la diferenciación de lo egipcio, aislando a Egipto de un entorno próximo oriental en que se desarrolló su civilización, una de la “rémoras” de la egiptología actual. Paradójicamente, algo similar sucede en la historiografía griega, separando la historia de Grecia continental de la de Jonia, Rodas..., mundos que también son griegos y que no pueden entenderse por separado, como tampoco la historia de Roma respecto a lo que fueron sus provincias. Es decir, los clásicos también contribuyeron a separar Egipto de su contexto histórico y geográfico, con el que mantuvieron relaciones desde el IV milenio a.C., una separación que presente aún en la investigación.

Otra de las características de logos egipcio de Heródoto son sus intentos “comparativos”, especialmente en lo que a las divinidades se refiere, pero nunca olvidando su “lógica” griega. En líneas generales, la comparación en historia ha sido utilizada para manifestar una evolución y una superioridad de lo que es más moderno y, por tanto, “civilizado” ya que, aun reconociendo una similitud, la forma en que se manifiesta lo propio o conocido en otra cultura se considera una manifestación más primitiva. Por otra parte, los griegos, al contrario que los egipcios, procedieron a historiar las vidas de sus dioses y héroes y, cuando la presencia griega fue dominante en Egipto, historiaron a los dioses egipcios, convirtiéndose los templos Tolemaicos en verdaderos libros pétreos. Unos mitos y textos religiosos que se han utilizado para reconstruir la religiosidad egipcia, su magia y creencias pero ¿fue igual la religión egipcia del II milenio que la que existió en Época Baja o Tolemaica? La respuesta es conocida por todos los egiptólogos, no, pero sin embargo los enterramientos y momias de animales, la magia o las momias, cuya técnica alcanzo en época baja un gran desarrollo, siguen dominando la visión de lo egipcio, cuando en realidad todas estas son manifestaciones características y abundantes en la fase final de la cultura egipcia. Otro ejemplo pueden ser los contratos matrimoniales, conocidos a partir del siglo VII a.C., pero cuyas cláusulas, la posibilidad de divorciarse –tanto mujeres como hombres–, las dotes que se entregaban..., se extrapolan a lo que debió ser el Egipto faraónico.

En el caso de la egiptología la “comparación” también ha sido utilizada, pero con la intención de mostrar la “modernidad” de lo egipcio en relación a lo clásico, como si hubiera que buscar una razón, una explicación para estudiar y conocer lo egipcio, lo que plantea y denota cierto complejo y justificación innecesaria. Toda sociedad, y cultura, debe ser valorada en si misma, no desde el prisma, los valores o lo que se conoce a partir, o desde, otras consideradas “superiores”.

En este sentido puede señalarse el impacto que en la investigación han tenido el descubrimiento de frescos minoicos en Avaris, o la probable representación de mercenarios micénicos al servicio de Ajenatón. Sin duda se trata de dos grandes hallazgos, pero lo verdaderamente importante es que han permitido estudiar el Mediterráneo oriental en su conjunto en la segunda mitad del II milenio a.C. pudiéndose hablar en la actualidad de una “koine cultural”, de un estilo internacional, y entender mejor dinámicas posteriores como la de los Pueblos del Mar. Sin embargo, no han faltado intentos por demostrar, a la luz de los mismos, la primacía e importancia que por entonces tenía lo egipcio, y por extensión, lo oriental, sobre el mundo del Egeo. Pero no se trata de minusvalorar al mundo del Egeo, al contrario, lo importante es integrarlo en un marco geográfico y cultural, aunque también es cierto que desde la historiografía clásica estos nuevos planteamientos y descubrimientos solo se valoran como precedentes, aspectos aislados que en realidad no hacen más que anticipar la posterior importancia que tendrá el mundo clásico.

Unos cambios en la metodología y en la investigación, aun incipiente en el Delta, que junto a otros pasos que se están dando en la geografía de Egipto, van permitiendo eliminar lo que Edward Said califico de “colonización cultural” que, en su opinión, se inicio con Heródoto y ha estado presente en la investigación que de Oriente se ha realizado desde el siglo XIX.

Un ejemplo puede ser el estereotipo, el dogma, presente desde Heródoto y siempre mencionado en relación al mundo egipcio: Egipto es un don del Nilo. Sin duda alguna lo es, pero ello en modo alguno implica que la vida de los campesinos fuera feliz o que la prosperidad de los campos estuviera garantizada. Así, ha sido desde la exégesis bíblica desde donde se ha planteado que las nueve primeras plagas enviadas por Yahvé a Egipto responden a fenómenos, catástrofes y situaciones que con cierta frecuencia tendrían lugar en Egipto. Sin embargo, en la práctica totalidad de los libros subyace la idea de un “oasis”, de un mundo privilegiado, olvidando que hasta el siglo XIX las crisis de subsistencia fueron normales y frecuentes en todas las sociedades, ¿por qué Egipto iba a ser una excepción? Solo por las representaciones funerarias y los textos oficiales. Como muy bien ha planteado J. Baines, todo ello responde al “decoro”, a lo que se esperaba y debía decirse/representarse, tal y como sucede en todas las civilizaciones.

Pero, profundizando más en lo que sería la vida del campesino, ¿sabemos en realidad como vivía?, la verdad es que no. Nos imaginamos su existencia desde lo expresado por Heródoto y las alegres escenas funerarias de campesinos felices que responden a un “mundo ideal”, pero no podemos ir más allá. Lo mismo sucede con todo lo relativo a la vida cotidiana, trasladando objetos y escenas funerarias a la vida diaria pero, ¿en que momento histórico de la sociedad europea fueron comunes las sillas, los cubiertos, los frascos de aceite...?. Todo ello sería desconocido por la inmensa mayoría de la población egipcia. Es por ello que, afortunadamente, son cada vez más frecuentes los estudios que remarcan el carácter privilegiado de comunidades como la de Deir el Medina, considerada en demasiadas ocasiones como reflejo de cómo viviría el conjunto de la sociedad.

Pero, ¿cuál es el papel de la arqueología y de la Egiptología en el mantenimiento de estas ideas?

La afirmación de E. Said en el sentido de que el trabajo intelectual especializado se ha enfocado de forma errónea al dirigirse más a sí mismo que al conjunto de la sociedad, provocando una “especialización teológica” que consagra una serie de supuestos doctrinarios y un lenguaje de especialización asociados a un dogmatismo cultural puede aplicarse, en mi opinión, a la egiptología. Como ha señalado recientemente L. Meskell, periódicamente aparecen libros sobre la temática de la sociedad, de la vida en el mundo faraónico pero, con honrosas excepciones, se repiten los mismos planteamientos, las mismas fuentes, siendo difícil encontrar un planteamiento nuevo o una hipótesis de trabajo que el tiempo, y la discusión, puedan demostrar su validez o no.

Un ejemplo puede ser el archivo diplomático de El-Amarna. Los artículos que se publican anualmente sobre el mismo son numerosos, en muchas ocasiones para encontrar o buscar un pequeño matiz que no modifica el contexto general pero, por el contrario, es difícil encontrar mencionado porque se nos han conservado estas cartas y no otras que, lógicamente, también formarían parte del archivo. Es por ello que planteamientos recogidos en el reciente volumen “Amarna Diplomacy”, realizados desde una perspectiva “diplomática”, de cómo funcionan las relaciones exteriores, cuales serían los canales de comunicación y las reglas diplomáticas... son interesantes, dotando a estas cartas de una nueva perspectiva, sin olvidar los agudos argumentos de Liverani en relación a su contexto histórico e intencionalidad. Es por ello que el texto no puede reducirse a un “objeto”, sino que el mismo debe contextualizarse: el texto no existe fuera del mundo, sino que es parte del mundo que habla.

Esta idea tan simple, sin embargo, no ha sido siempre aplicada y tenida en consideración, siendo sorprendente, en mi opinión, el impacto que en la egiptología han tenido las investigaciones de Loprieno sobre la lite-

ratura egipcia, una obra que es punto de referencia obligado, pero que en muchas ocasiones lo que hace es tener en cuenta, aplicar métodos, preguntas y planteamientos que llevan realizándose en la literatura clásica o en la exégesis bíblica desde el siglo XIX. Sigue siendo normal encontrar expresado que lo que dicen las Máximas, las Instrucciones o las Autobiografías funerarias responden a un mundo real; posiblemente algunas así lo hagan, pero la mayoría deben contextualizarse y su información no puede extrapolarse “sin más” a como sería el funcionamiento de la sociedad egipcia, radicando en muchas ocasiones su importancia en todo aquello que la persona dice “no hacer”, que posiblemente responda más a lo que era la realidad. Otro ejemplo es la casi total ausencia de escenas en las que se este castigando a campesinos, ¿implica ello que los campesinos no eran castigados, que no habría sanciones o actos delictivos?, lógicamente no, pero a pesar de ello la sociedad y su funcionamiento siguen analizándose desde el prisma del “don del Nilo”, olvidando que junto a ese “don”, innegable, también existirían peligros y amenazas diarias.

Lo mismo puede decirse de la arqueología funeraria. La excavación de tumbas constituye la principal actividad de la arqueología en Egipto, al igual que en el siglo XIX pero, ¿qué aporta la misma? Sin lugar a dudas la pervivencia de un mito, de una visión de Egipto pero, ¿se corresponde con la realidad la misma? Las tumbas reproducen esquemas literarios, tienen una intencionalidad y reflejan “lo ideal”, por lo que el descubrimiento de una nueva tumba, o conjunto de momias, aun siendo importante/s, lo único a lo que contribuye es a aumentar un corpus documental que ya se conoce. Lo que puede variar es la presencia, dominante o no, de una divinidad, la mejor o peor conservación de ciertos objetos..., pero en la mayoría de las ocasiones lo que va a descubrirse ya es conocido. Lógicamente ello no quiere decir que no deba hacerse esta arqueología, pero en ocasiones da la sensación de que si se hiciera otra diferente no se obtendría el reconocimiento, el prestigio. Ya hemos mencionado que los condicionamientos geográficos son importantes en lo que a la preservación de restos arqueológicos se refiere, pero también resulta significativo que cuando se han buscado y excavado otro tipo de yacimientos los resultados son importantes, diferentes, acercándonos más al Egipto que debió existir, no al que se ha ido creando desde Heródoto, fue recreado por los orientalitas del XIX y conservado por la arqueología dominante.

Al respecto, resulta significativo que en todas las disciplinas históricas puede, y debe, tenerse en cuenta las corrientes historiográficas que han sido dominantes en diferentes momentos, lo que en el caso del antiguo Egipto es muy difícil encontrar, en gran parte porque no han existido distintas escuelas, todas han tenido los mismos planteamientos y principios, debiéndose exceptuar, en algunos aspectos, a Alemania que fue la única potencia europea que no llegó a tener un imperio colonial, siendo en

sus universidades donde tuvo lugar una erudición más elaborada, con unos planteamientos teóricos que, en ciertos aspectos, siguen estando presentes en la investigación.

Solo en dos manifestaciones puede encontrarse una historiografía extensa, dejando al margen todo lo que haya podido decirse sobre las pirámides, su función y construcción:

1. El reinado y la religión de Ajenatón, que por sus peculiaridades generó desde mediados del XIX un extenso debate, viendo algunos, como Breasted, en su clásica obra de 1912, una evolución tendente al “monoteísmo” en la religión egipcia
2. Los períodos intermedios, generalmente infravalorados y considerados, desde la perspectiva marxista, como un reflejo de los conflictos sociales y económicos que caracterizaron a las sociedades esclavistas y, desde la perspectiva “evolucionista”, como una prueba del peligro que representan las poblaciones nómadas al aprovechar momentos de descentralización para asentarse en el interior de las sociedades sedentarias.

Orientalismo en muchas ocasiones se define como una forma de delimitar y ubicar a los “otros” y desde la egiptología, en mi opinión, se ha contribuido a ello. En la base del Orientalismo, así como en el de la Egiptología, está la idea, el concepto de la superioridad europea, herencia directa de las corrientes evolucionistas que dominaron y recorrieron Europa en el siglo XIX y que, como hemos mencionado, pueden remontarse a la propia antigüedad clásica. Es por ello que lo oriental, lo egipcio, es exótico, original y misterioso, pero siempre diferente. Lo curioso es que teniendo en cuenta la influencia que el evolucionismo tuvo, lo oriental, lo egipcio, no fuera considerado como uno de los primeros pasos en nuestro devenir cultural, el primero fue el mundo griego, luego los romanos..., algo en lo que sin duda alguna han tenido la culpa los historiadores clásicos, generalmente celosos de lo oriental, pero también la investigación que no ha incidido en mostrar esos primeros pasos.

Como muy bien señaló Liverani ya en 1976, el mito del Despotismo Oriental, como todos los mitos, prospera con el fin de expresar nuestro sentimiento de superioridad, aunque en origen la ignorancia de unas culturas antiguas pudiera ser una de las causas de su origen, pero una vez abandonada nuestra ignorancia el mito persiste. Un claro ejemplo es el de la construcción de las pirámides, no habiendo logrado todavía la egiptología transmitir que la esclavitud no fue importante en la civilización egipcia, al contrario, paradójicamente, que en el mundo clásico, considerada por muchos como uno de sus pilares.

Otro ejemplo de la influencia evolucionista y de la colonización cultural, al tiempo que pervivencia dentro de la egiptología, es el supuesto

enfrentamiento permanente entre población nómada y sedentaria, esta última en un estadio evolutivo superior y, por tanto, deseado por lo nómadas, origen de un conflicto permanente. Pero mientras que desde la Asiriología se asumen los planteamientos de Rowton o P. Briant de un “enclosed nomadism” que permite descubrir vías de colaboración y complementariedad entre ambos sistemas de vida, en la egiptología las relaciones siguen examinándose desde la óptica, real en los textos oficiales pero mucho más compleja, de una lucha constante entre el orden y el caos.

Por todo lo expuesto, en líneas muy generales, la egiptología debe separarse de los clásicos y transmitir que describen un mundo que en muchos aspectos en nada se parece al que existió desde milenios antes.

“Nacimiento, madurez y muerte, paz y guerra, agricultura, comercio y política, todas estas actividades estaban acompañadas de festivales religiosos o sujetos a normas religiosas... Santuarios dominaban el paisaje, estatuas de dioses en las esquinas de las calles y el olor del sacrificio nunca estaba lejano”.

De esta forma define J. Bremmer la religión griega, sin embargo los griegos no estuvieron obsesionados por la muerte o fueron los más religiosos, ¿por qué la imagen que se tiene y transmite de los egipcios es que si estuvieron obsesionados por la muerte y que la religión dominaba todas sus actuaciones? Quizás en un futuro no muy lejano podamos realizar una historiografía más completa de las razones pero, sin duda alguna, las mismas arrancarían en los clásicos y en el tipo de investigación que comenzó a realizarse en Occidente en el siglo XIX, al tiempo que la egiptología y las excavaciones arqueológicas se irán alejando de los grandes centros faraónicos, tanto funerarios, como palaciales o adscritos a unos templos nacionales que nos informan de lo “formal”, de lo que se esperaba.

BIBLIOGRAFÍA

- Assmann, J. (1999), “Conversion, piety and loyalism in Ancient Egypt”, en *Transformations of the inner self in ancient religions*, J. Assmann & A. Baumgarten (Eds.), Leiden.
- Baines, J. (1996), “Contextualizing Egyptian Representations of society and Ethnicity”, en *The Study of the Ancient Near East in the twenty-first century*, J.S. Cooper & G.M.Schwartz (Eds.), Eisenbrauns.
- Breasted, H. (1912), *Development of Religion and Thought in Ancient Egypt*, University Pennsylvania Press.
- Gómez Espelosín, J. & Pérez Largacha, A. (2004), *Egiptomanía. El mito de Egipto de los clásicos a nuestros días*, Ed. Alianza.
- Grajetzki, W. (2003), *Burial Customs in Ancient Egypt. Life in Death for Rich and Poor*, Londres.

- Liverani, M. (2004), *Prestigio e interes. Relaciones diplomáticas en el Próximo Oriente*, Ed. Bellaterra.
- McDowell, A. (1999), *Village life in ancient Egypt: Laundry lists and love songs*, Oxford.
- Meskel, L. (2003), *Private life in New Kingdom Egypt*, Princeton & Oxford.
- Mitchell, T. (1990), "The invention and reinvention of the Egyptian peasant", *International Journal of Middle Eastern Studies* 22, 129-50.
- Pérez Largacha, A. (2004), *Vida y muerte en el Antiguo Egipto*, Ed. Alianza.
- Said, E. (2002), *Orientalismo*, Ed. Debate.
- VV.AA (2002), *Amarna Diplomacy*, Princeton University Press.